
nos permite decir: entrevistarse, con una significación muy ambigua; pues alude a la vez a ponerse frente a frente, dos personas, usted y yo, e igualmente a medio desdoblarse imaginariamente y lo que es soliloquio "adobarlo" como diálogo.

—Estoy totalmente de acuerdo, por eso le sugiero que a "esto" le llamemos *Entre el soliloquio y el diálogo*. Tal vez tuvo "esto" en la cabeza Gide cuando a su "producción" le llamó entrevistas imaginarias. Para Gide, obviamente, era el tipo ideal de entrevista; el otro tipo, el que cada día topamos con él abriendo un periódico, adolece de defectos insuperables. Es una verdadera desgracia que muchas informaciones y expresiones tengamos que extraerlas penosamente de las entrevistas y no consultarlas directamente en el artículo o en el ensayo. Una operación de intercepción, de obstrucción, de opacidad: tal es la entrevista hoy.

—De hecho usted le niega valor a la entrevista. No sólo porque incurre en una degradación moral para conformarse como género literario sino por su condición misma de elaboración que se queda medio en el aire, que no adquiere peso, que nunca embarnece sino que debilita, enflaquece.

—Así es. Me parece que escribir, como en entrevista, es una forma cómoda y flexible para el escritor. Como que no exige, fluye sin contratiempo y mima los vericuetos de una libertad desatada en la inteligencia, en la fantasía, en las ocurrencias. Para concluir: la entrevista es un epistolario coloquial.

—Esto no lo entiendo.

—Sí, la carta es un género de diálogo tan docilizado por la familiaridad que autoriza toda clase de licencias, diplomacias, confidencias y manierismos. La entrevista imaginaria excede a la carta en fueros, se los concede con magnanimidad de poderoso. ¡Ojalá que pudiéramos escribir nuestras entrevistas como si fueran cartas! ¡Qué goodeo en la facilidad!

San Rafael: Un pueblo y una empresa. Imágenes de su historia en el proceso de trabajo, 1890-1940

Laura Espejel López

Nuevos enfoques y técnicas de la Historiografía de la Revolución Mexicana y de la Historia Social han modificado nuestra forma de estudiar los fenómenos históricos; con la ayuda de la historia oral y de los acervos gráficos hemos enriquecido la visión que teníamos

de nuestras historias. Así, el interés por las historias locales y regionales nos ha permitido comprender mejor ese mosaico tan diverso y contrastante que es nuestro país. Uno de los elementos relevantes es sin duda la industrialización, la cual atravesó un largo proceso formativo y alcanzó sus mejores logros en el porfirato.

El motivo que nos llevó a indagar la historia de San Rafael, del pueblo y de sus gentes, y en particular de la fábrica papelera, fue conocer las condiciones laborales de los obreros de esta empresa y analizar su situación en un momento en el que el país se hallaba convulsionado desde sus raíces por la Revolución Mexicana, y en el que cada rincón se vio afectado y participó en alguna forma. Nos interesaba, en especial, conocer la relación de este pueblo con el movimiento zapatista.

Fue así como empezamos a adentrarnos en la búsqueda de archivos, el municipal y el de la empresa, y a recurrir a las posibilidades que brinda la historia oral. La charla siempre cálida con los viejos obreros nos dio acceso a su mundo: el papel, en el que dejaron algunos de ellos su infancia, juventud y edad adulta, los años productivos del hombre, un mundo lleno de sueños e ilusiones, anécdotas y realidades a veces felices, a veces tristes. Conocimos a algunos obreros que fueron contratados en 1919, al reabrir sus puertas la fábrica. Llegaron a sus escasos 13 ó 14 años pidiendo trabajo, personalmente o bien a través de un familiar o paisano, y formaron una nueva generación.

No tuvimos oportunidad de conocer a la primera generación, la que acompañó a los socios industriales pioneros: Andrés Ahedo y José Sánchez Ramos, quienes en 1889 formaron la Sociedad Ahedo y Compañía dando con ello un impulso decisivo al desarrollo de un pueblo industrial en una región agraria donde ya existían, desde 1840, brotes fabriles —una ferrería que nunca alcanzó la prosperidad de la papelera. Algunos años después se disolvió esta sociedad iniciada por españoles y se dio paso al consorcio papelero que conocemos hasta hoy. El pilar y promotor inicial siguió siendo José Sánchez Ramos, de 41 años, quien en 1894 invitó a Tomás Braniff a formar una nueva sociedad. Se trataba de un experimentado industrial norteamericano de 64 años, con una gran diversidad de inversiones. De este modo la empresa se convirtió en una sociedad anónima.

Nuevos aires, ideas y posibilidades irían acrecentando la industria ya en despegue. En 1897 el Banco de Londres y México compró acciones, y más tarde hicieron lo mismo empresarios franceses; éstos impusieron un sello distintivo a la empresa y junto con José de la Macorra —nombrado gerente general, se establecieron fuertes lazos entre la fábrica y el pueblo. Las generaciones de la Macorra fueron las que se vincularon más directamente con la población. De esta familia existen registros en los documentos y la imagen que de ellos se conserva en la memoria popular es la de unos empresarios paternalistas y autoritarios.

En nuestras primeras visitas a la fábrica para la consulta del archivo quedamos admirados por la belleza del lugar donde se ubica, así como por su magnífica arquitectura (muy diferente a la

El interés por las historias locales y regionales nos ha permitido comprender mejor ese mosaico tan diverso y contrastante que es nuestro país.



En la construcción de la fábrica se recurrió a la importación de materiales; no había cortapisas ni reparos en gastos.

del resto de las construcciones de la región) y por el despliegue de trabajo humano que representa la empresa. Nos percatamos, asimismo, de que la decoración de sus oficinas incluía espléndidas fotografías panorámicas y otras imágenes de la historia del pueblo y la fábrica. Después encontramos que ésta conserva un abundante acervo fotográfico que nos narra cómo se constituyó esa familia fabril, es decir, su árbol genealógico, lo que hoy nos permite explicarnos quiénes son.

Espacio, arquitectura, fronteras

En la construcción de la fábrica se utilizaron los elementos del lugar: piedra alternada con ladrillos, madera para algunos pisos, etcétera; techos de teja o lámina, sostenidos por enormes estructuras de hierro. O bien, se recurrió a la importación de materiales; no había cortapisas ni reparos en gastos: se trajeron ladrillos de Francia —según la versión popular— para construir la primera chimenea de la planta. Esta vino además a sustituir al primitivo pero original regulador del tiempo en la población: un riel ferroviario que el portero golpeaba con un martillo para hacer las veces del silbato.

La arquitectura afrancesada, interés de los nuevos socios accionistas franceses, quienes incrementaron el capital de la empresa a 7 millones, quiso dar un sello distintivo a la región evocando lugares familiares de la arquitectura campestre del norte de Francia o Suiza, con jardines al estilo de Versalles. Todo ello invitaba al visitante y al trabajador a un nuevo escenario de trabajo. Un espléndido anfiteatro de colinas boscosas enmarcaba los edificios que albergaban los amplios departamentos donde los obreros desarrollarían su jornada laboral de 12 horas o más. La arquitectura majestuosa de la fábrica armonizó con la nueva fisonomía de la población. Las habitaciones de los obreros, conocidas como “los cuartos”, eran de adobe. Cada familia disponía de dos a cuatro cuartos, según la categoría y antigüedad del trabajador. Los baños estaban dispuestos en cada calle y eran de uso colectivo. Las calles llevaban los nombres de algunos socios accionistas: Tron, Ahedo, etc., o bien de sus propiedades: Progreso Industrial, y en contados casos de algún héroe de la Independencia: Galeana. A diferencia de las casas para los obreros, el Casino Cosmopolita, que albergaba a los empleados solteros, ingenieros y químicos por lo regular extranjeros, disponía de un comedor, sala de juegos, biblioteca, etc. La casa de los empleados administrativos era también más amplia y confortable, y con un estilo marcadamente afrancesado.

El pueblo contaba con diversos servicios que la fábrica ofrecía a los trabajadores y sus familias: escuelas, tienda de víveres “La Gran Unión”, mercado, baño público, el correo y el Casino Obrero, que contaba con juegos de mesa y una biblioteca. La diversión principal de los trabajadores y de la población era el cine mudo, que los llevaba a otros mundos con sus aventuras.

La urbanización, el ferrocarril, la llegada de gente nueva, el

radio, todo ello transformaría costumbres, ideas, formas de verse y de comportarse; todo esto modificó el rostro de la población y le dio una imagen propia que le permitió diferenciarse en la región y crear fronteras. Los "chaquetas fiadas", los de San Rafael, pasaron a ocupar otro estatus social al tener un trabajo industrial y poder convertirse en clientes de los árabes aboneros de profesión que llegaban a ofrecerles una gran variedad de mercancías y los adelantos de la moda. El jorongo sería sustituido por la chamarra y aun por el traje. Así abandonaron la vieja vestimenta que hasta entonces los identificaba con "los tejones" de Tlalmanalco o con los obreros del pueblo textil de Miraflores, conocidos como "los ingleses".

Nuestro trabajo se enfocó a recabar fotografías, tanto en la fábrica como en la población, con el objeto de acercarnos y recrear el espacio que cada uno ocupó.

La imagen fotográfica como testimonio

Nuestro trabajo se enfocó a recabar fotografías, tanto en la fábrica como en la población, con el objeto de acercarnos y recrear el espacio que cada uno ocupó. Pensamos que este material podía darnos su propia versión de esa realidad. Encontramos algunas fotografías con riqueza artística por el juego de luces y sombras que producen las imágenes matizadas con dos colores: blanco y negro; otras de gran valor documental porque recrean el ambiente de trabajo, momentos de la vida cotidiana: obreros engrasados con las manos encallecidas, mujeres despeinadas con su ropa de trabajo, lejos del hogar y de los hijos tal vez pequeños.

Estas imágenes no nos aportan números fríos como los salarios o la cifra total de obreros. Nos hablan de mujeres y niños enfrentados al duro trabajo de escogido del trapo en la época en que éste constituía una de las materias primas junto con la madera; jornadas de encierro de 9 y 12 horas continuas de trabajo, de pie en un salón donde los únicos compañeros eran el cajón y el cesto. Es difícil encontrar un testimonio mejor del trabajo de niños y adolescentes que se iniciaban en la vida diaria de la fábrica, la cual les enseñaba otro universo, el mundo de papel, donde crecerían según su interés y aptitudes.

La imagen fotográfica más conocida dentro y fuera de la región es la panorámica de la fábrica teniendo como fondo el volcán Ixtaccihuatl. Este era el símbolo de la empresa: aparecía como membrete de su correspondencia, en las litografías, postales, calendarios y tarjetas de Navidad, o bien en grandes impresos presidiendo eventos y festejos. Era una imagen familiar que captaba a la vez la majestuosidad del ambiente natural y la opulencia de esta empresa fabril. En la actualidad nos preguntamos dónde quedó toda esa riqueza forestal, lo cual nos lleva a entender de algún modo los temores y presagios de los hombres y mujeres del municipio de Tlalmanalco al tiempo de instalarse ahí la empresa.

En 1896 las autoridades del ayuntamiento celebraron un contrato con José Sánchez Ramos, por medio del cual este último aseguraba la obtención de materias primas fuera del espacio por él ya controlado, con el fin de aumentar la producción de la empresa. Algunos ciudadanos se opusieron por el temor a perder el control



El interés de la empresa al rescatar sus imágenes era erigirse como símbolo de la modernidad, mostrar su grandeza como emporio fabril.

del agua y del monte así como por deterioro y agotamiento de ambos, lo cual provocó la intervención del presidente Porfirio Díaz a través de un laudo a favor de la empresa en 1897. La imagen nos permite reforzar y precisar la información de los documentos sobre los cambios en el entorno natural y su impacto social.

Estas imágenes, que recrean la vida de la fábrica y de la comunidad, fueron hechas *ex profeso*, por encargo de la empresa, a través de fotógrafos especializados o bien de aficionados. Desconocemos los nombres de los fotógrafos a quienes la fábrica solicitó su trabajo. Sin embargo, existe una imagen que lleva el registro de su autor: Andrés Enrique/z/ de León, fotógrafo comercial; asimismo, una panorámica se la atribuye la casa comercial "La Rochester". El resto de los autores de estas imágenes se mantiene en el anonimato.

El interés de la empresa al rescatar sus imágenes era erigirse como símbolo de la modernidad, mostrar su grandeza como emporio fabril. En su acervo aparecen escenas de las diversas industrias que formaban este consorcio papelerero: San Rafael, Progreso Industrial (otra fábrica papelera adquirida en 1904), sus oficinas y bodegas de la ciudad de México, así como sus fincas rústicas: las haciendas de Zavaleta, Guadalupe y Santa Catalina.

La Compañía San Rafael, en sus varias épocas y momentos, se distinguió por su propósito de resaltar su participación en el "progreso" industrial del país. Plasmaban su aportación en las imágenes que luego publicaban en revistas como *México Moderno e Industrial Ilustrado* y *El Mundo Ilustrado*. Digamos de paso que la fábrica surtía de papel a toda la prensa, era la principal abastecedora de papel de periódico. En 1931 la empresa publicó un libro titulado *Homenaje de la Compañía de las Fábricas de Papel de San Rafael y Anexas, S.A. al Congreso Mundial de la Prensa*, con el que intentaba rescatar su propia historia.

Todas estas publicaciones se encaminaban a resaltar en sus páginas y fotograbados ese México desconocido y pintoresco que participaba de los adelantos traídos por el ferrocarril, el teléfono, las máquinas movidas por electricidad. Las fotografías de la empresa llevaban implícito este sentido de modernidad; reflejan el afán y orgullo de los industriales por demostrar su grandeza económica y política a través de las imágenes.

Los aficionados a la fotografía tomaron con sus cámaras algunas escenas del transcurrir del tiempo: festejos familiares, actos cívicos, competencias deportivas o simples charlas de amigos en la calle. También momentos dramáticos, donde todo el pueblo se vio involucrado, como la huelga de 1936. Don Fausto Amaro, un obrero del departamento eléctrico, alcanzó prestigio como fotógrafo del pueblo y combinó su trabajo fabril con el de la cámara. En una entrevista, el señor Amaro señaló que el químico Enrique González lo inició en esta actividad; empezó con una cámara de cajón. En algunas ocasiones la empresa le llegó a solicitar alguna imagen en especial para llevar el registro de algún trabajo, por ejemplo cuando se recibía una nueva maquinaria durante los años veinte. Aprovechaba estos momentos para tomar otras fotografías a los trabajadores y empleados a quienes les interesaba dejar testimo-

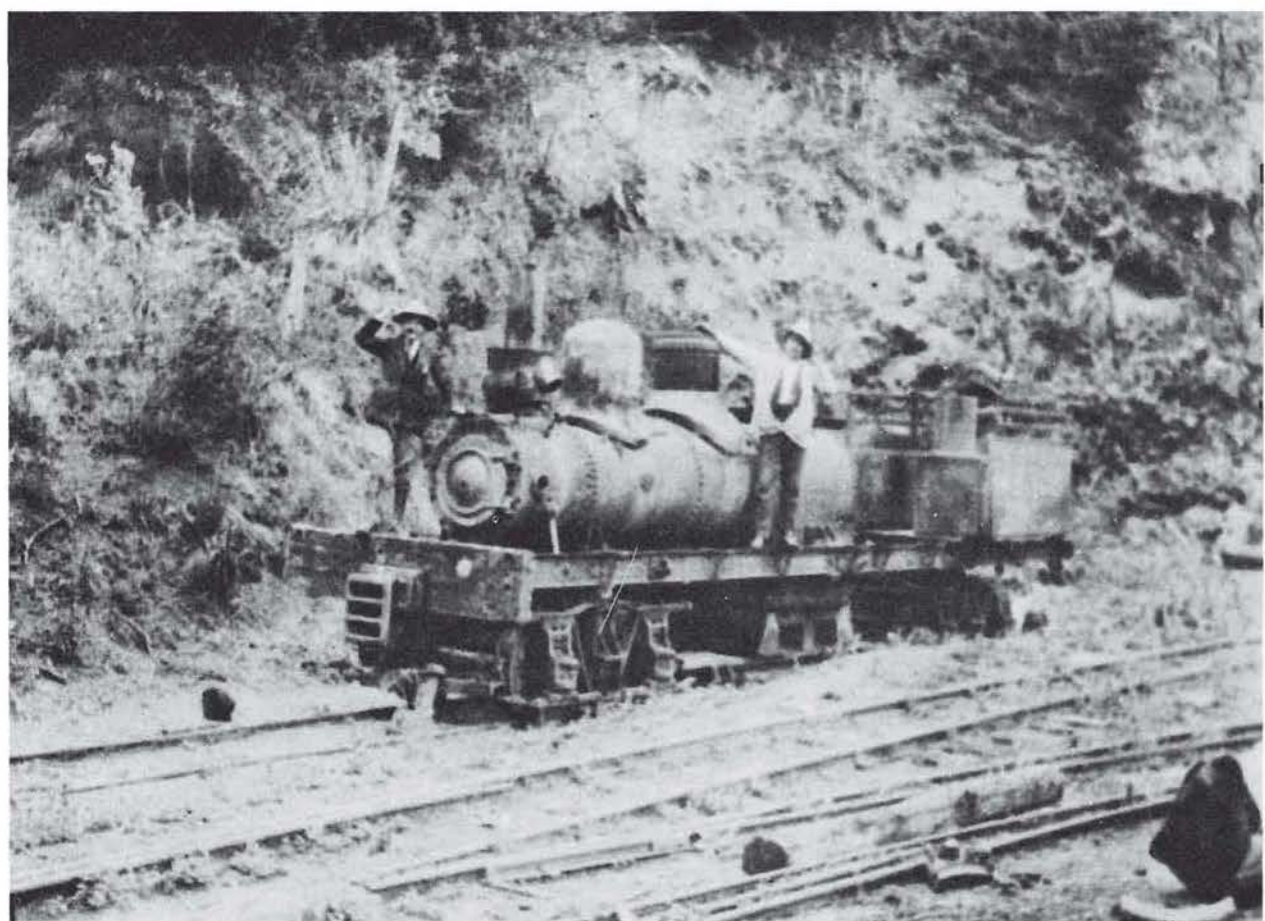
nio de su trabajo o de algunos acontecimientos dignos de ser recordados. El mérito de sus imágenes como documento es porque nos hablan de un profundo conocimiento de su terruño y de su gente, que fue cultivando a lo largo de cuarenta años de fotógrafo.

Podemos decir que la imagen "congela" un instante: que ese documento es producto de la subjetividad del que enfocó la cámara e imprimió el retrato, hasta el momento del análisis y lectura que puede hacer cada lector. A nosotros las imágenes nos producen admiración, curiosidad, placer, alegría, o bien nostalgia ante la idea del ayer y de lo efímero de nuestras situaciones humanas, de la rapidez con que pasan y nos encontramos añorando un tiempo ido.

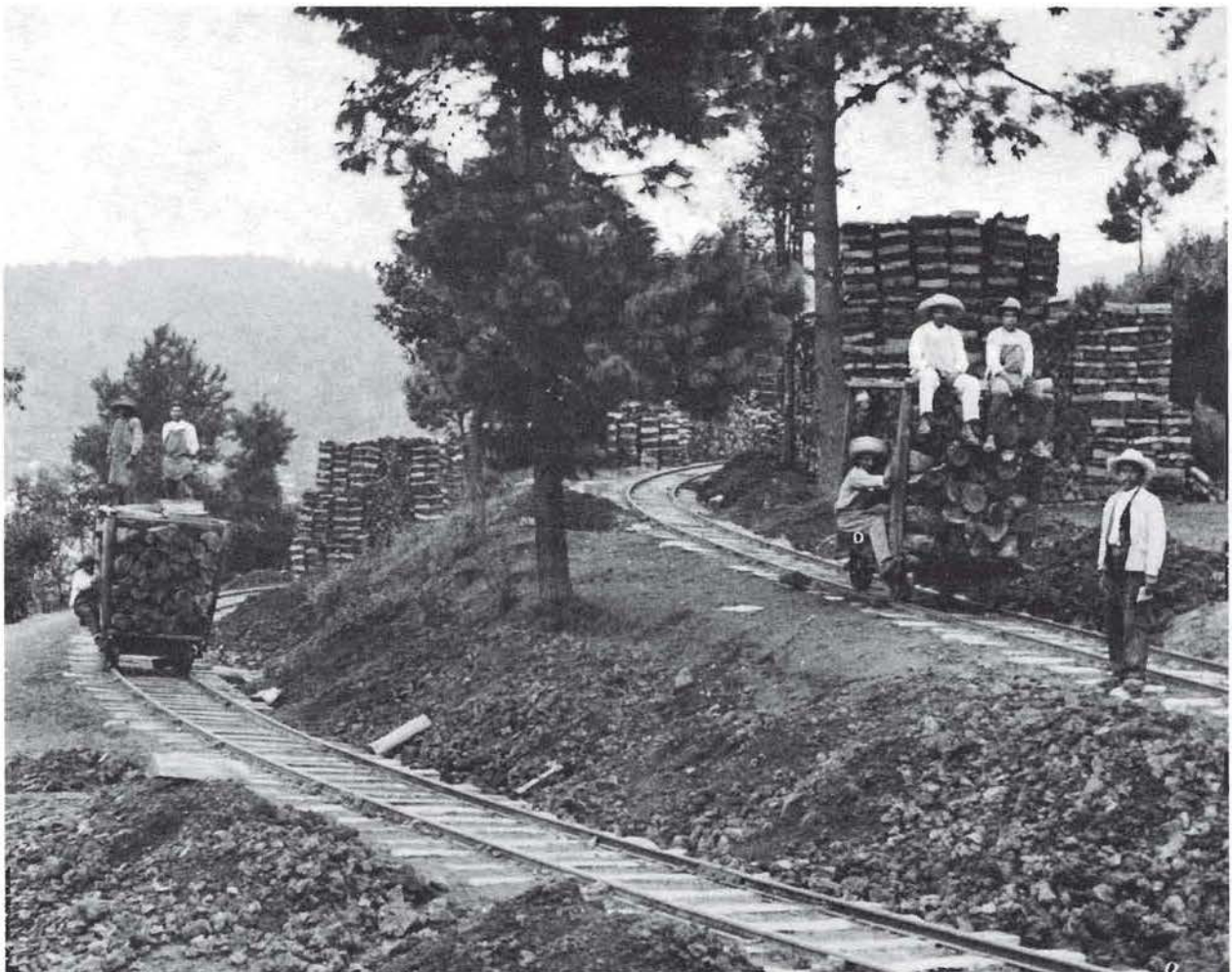
Deseamos compartir una parte de este acervo testimonial, la referente al proceso de trabajo, como un adelanto de lo que será un libro sobre esta fábrica y el pueblo al que dio vida. La posibilidad de contar con una historia empresarial en imágenes no es privativa de San Rafael; el mismo interés lo tuvieron otras empresas contemporáneas a ella como Cananea, Santa Rosa, Río Blanco, Peñoles; o más antiguas, como Real del Monte y Pachuca. Cada una con su giro industrial propio, imprimió a su registro gráfico aquellas particularidades que nos remiten nuevamente a esta diversidad que es México.

Este material fotográfico fue recabado con el apoyo de la Fábrica de Papel San Rafael y de la población del mismo lugar, a quienes agradecemos las facilidades que nos brindaron. La reproducción de este material estuvo a cargo de Servando Aréchiga y Rolando Fuentes, de la Fototeca del INAH.

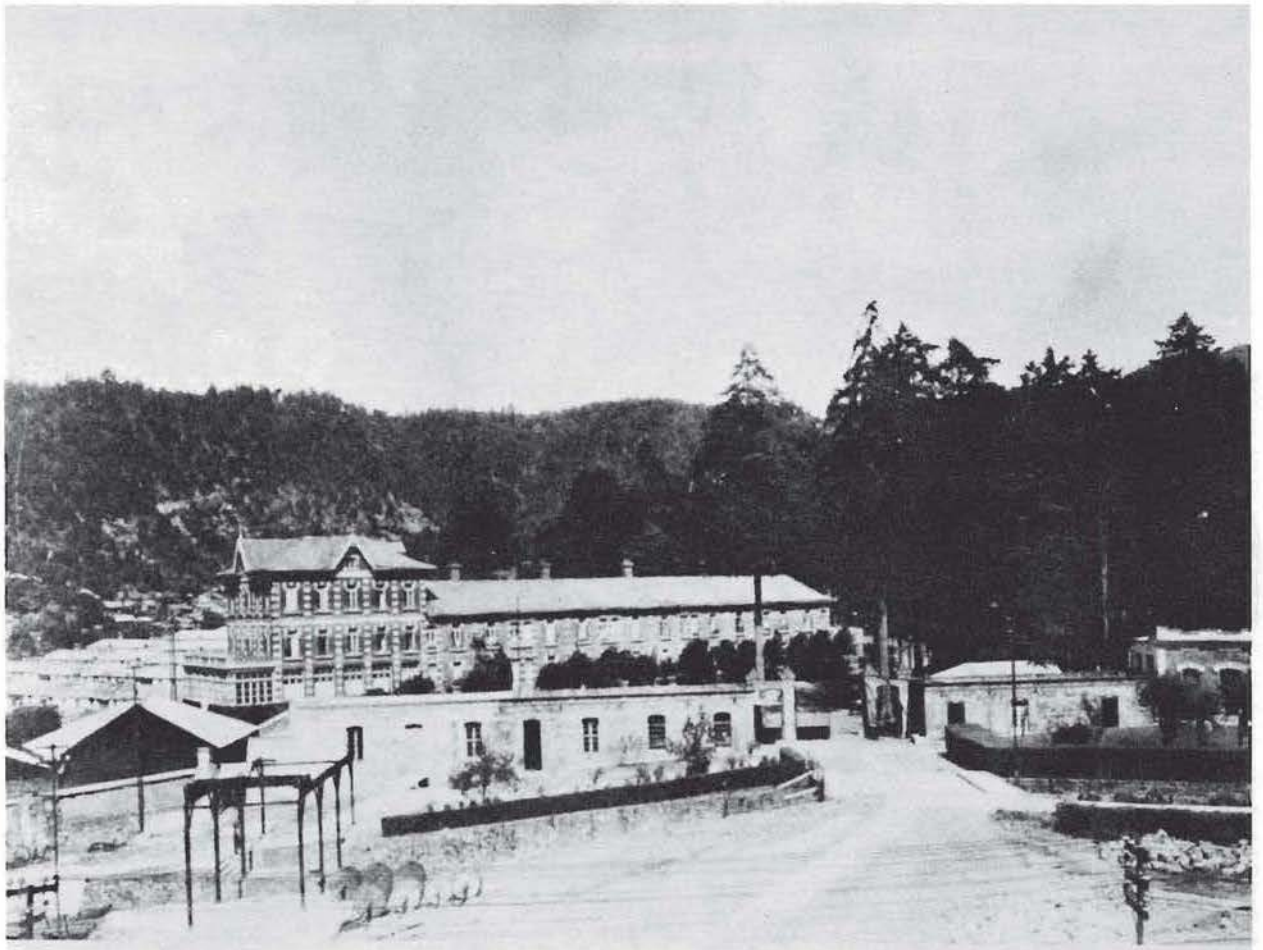
El mérito de sus imágenes como documento es porque nos hablan de un profundo conocimiento de su terruño y de su gente.



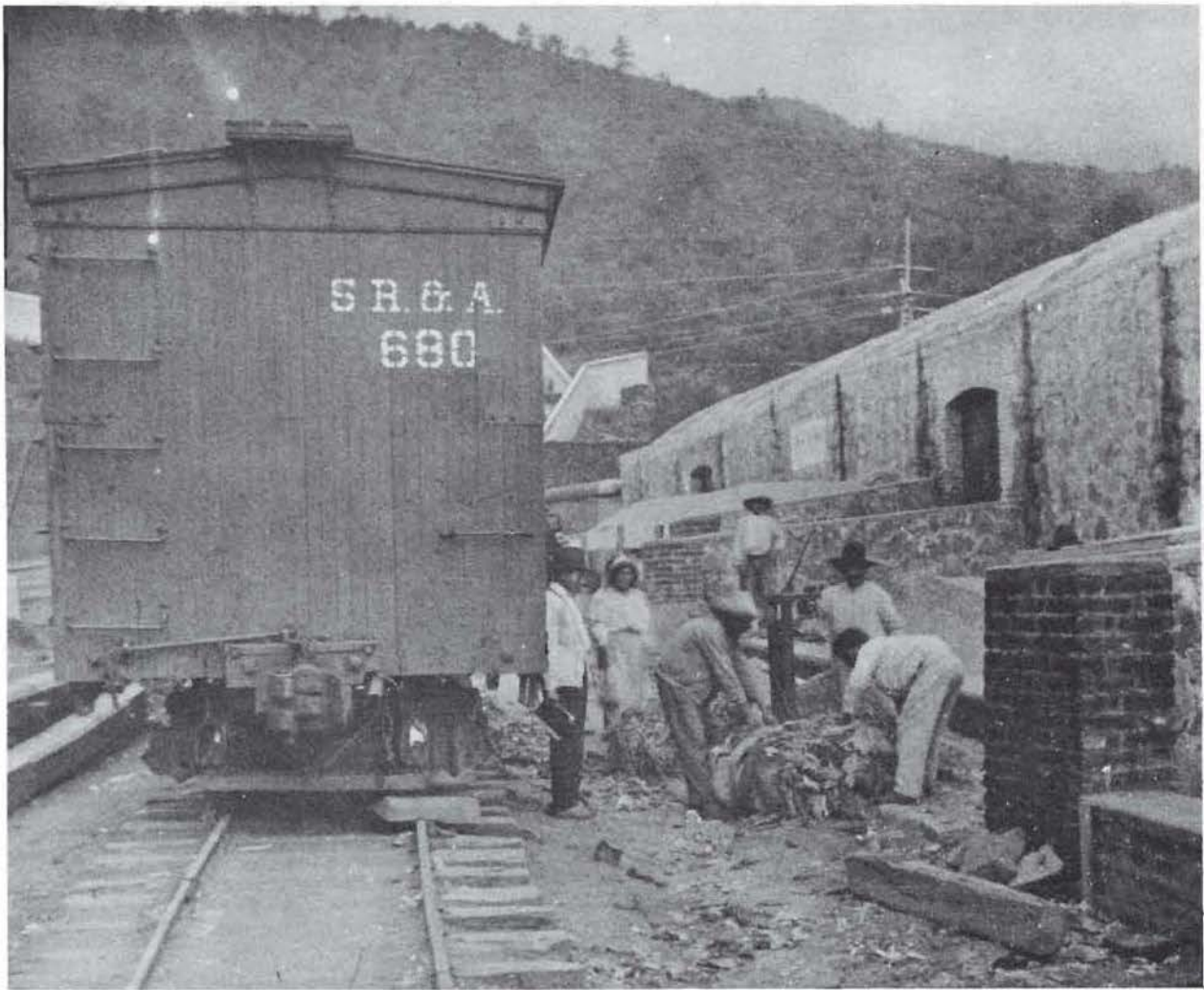
La fábrica poseía los seis elementos industriales de mayor importancia:
terreno, edificios, vías de comunicación, materia prima, maquinaria y
fuerza humana.



A través de los arzones se movía una de las materias primas básicas, la madera, de los patios de leña a la fábrica.



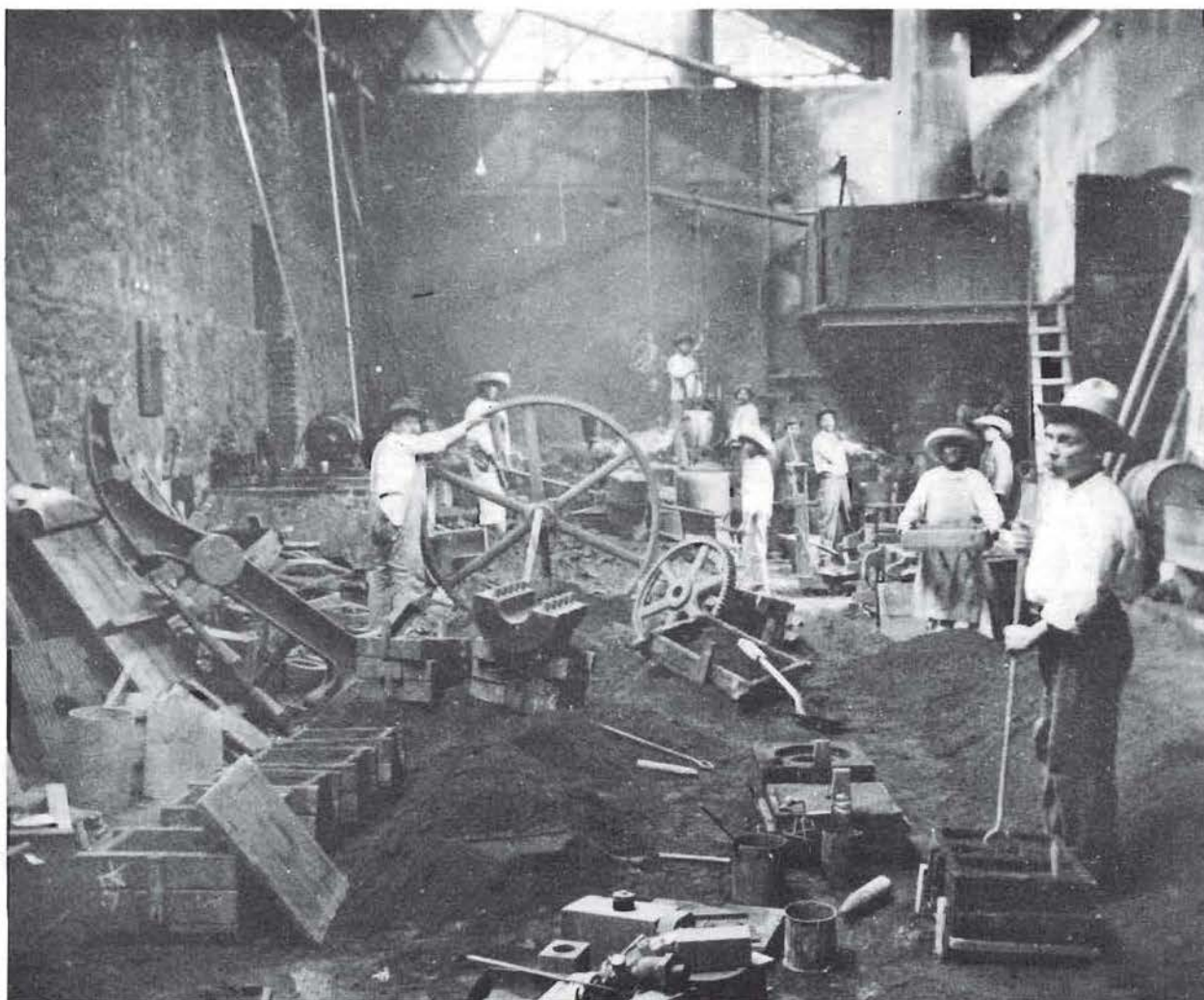
La simbiosis entre hacienda y pueblo no se pierde con la industrialización; la fábrica dio vida a la población, de la cual dependía para su mano de obra.



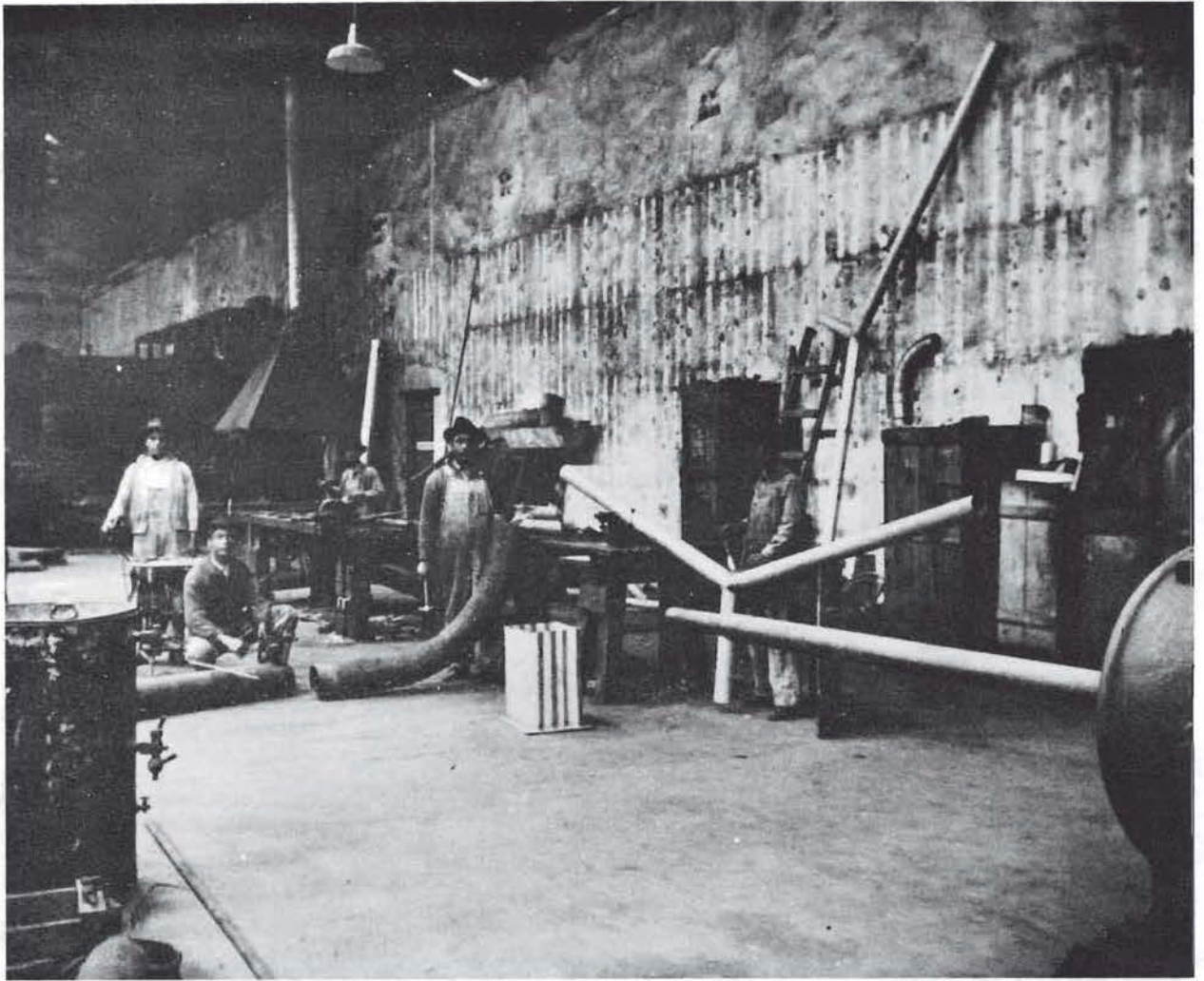
El trapo provenía regularmente de desechos que vendían algunos acaparadores de la ciudad de México, o bien de alguna concesión, como la que otorgó la Secretaría de Guerra hacia 1904 vendiendo directamente a la fábrica los uniformes viejos de los militares.



En el trapero laboraban solamente mujeres y niños casi desde los inicios de la fábrica. Cortaban el trapo en pequeñas fracciones, separándolo según su clase, color y estado de limpieza. Una vez escogido, se trituraba y pasaba a los hervidores.



La habilidad de los obreros se ponía de manifiesto al ocuparse no sólo de reparar piezas sino también de elaborar moldes para fundirlas cuando no se conseguían.



El taller mecánico atendía los trabajos de fundición, herrería, pailería, hojalatería, tornería, cordería de soldado y carpintería.